

EL CASCABEL

	Pts.		Pts.
MADRID. { 3 meses.	1,75	PROVINCIAS. { 3 meses.	2,00
{ 6 meses.	3,00	{ 6 meses.	3,50
{ 1 año.	6,00	{ 1 año.	7,00

MADRID 26 DE MARZO DE 1876.

DESPACHO: Plaza de Matute, 2, librería. Madrid.

	Pts.	VENTA.
ULTRAMAR Y { 3 meses.	5,00	Número del día, 2 cuartos.
EXTRANJERO { 6 meses.	8,00	Número atrasado, medio real.
{ 1 año.	15,00	Anuncios, á real línea.

COSAS DEL DÍA.

El entusiasmo se siente pero no se describe.

La entrada en Madrid de las tropas vencedoras con el joven monarca á la cabeza se ve, se admira pero no se cuenta fácilmente.

Una inmensa multitud bullendo como apretado oleaje, una espesa alfombra de laurel en el suelo, millares de coronas, palomas y versos por los aires, profunda emocion en todos los corazones, seldados de la paz volviendo de la guerra á reposar sus triunfos en los brazos maternos, un rey valeroso y pacificador, unos generales bizarros... todo esto recuerdo que ví, formando un conjunto entusiasta, sublime, arrebatador.

Sin embargo, ¡Dios quiera que no volvamos á presenciar un espectáculo semejante por igual motivo!

Será prueba de que en España vamos sentando la cabeza y haciendo las paces con todo el mundo como Dios manda.

✱

—¿Dónde vió Vd. la entrada?

—Yo, hija, tan ricamente, en la calle de Alcalá, en la barandilla que hay sobre la Historia Natural.

—Pilló Vd. buen sitio.

—Ocupé la primera fila toda la mañana, y hasta pasar la última compañía no me hubiesen quitado de allí ni á cien tirones.

—¿Madrugaria Vd.?

—Ya lo creo, me peiné y me vestí con luz artificial y al amanecer ya me tenía Vd. sobre el tejado haciendo tiempo.

—Pues mire Vd. qué casualidad, yo me encontraba precisamente debajo de Vd. en la puerta del mismo edificio.

—¿Y no la atropellaron á Vd.?

—Calle Vd., señora, por Dios; si yo nací el día que entró el rey: se empeñó una amigueta en que nos subiéramos sobre una mesa, y no contento con eso, su marido nos puso encima un banquillo, dos diccionarios de la lengua y no sé qué más; ¿qué había de suceder? Se escurrieron los diccionarios, se torció el banquillo, se hizo la mesa dos mil pedazos, y gracias á que caí sobre un caballero más ancho que una cama de matrimonio y más blando que un colchon...

—No hay atajo sin trabajo.

—No es porque me pese; yo estoy muy acostumbrada á los golpes, y digo lo mismo que Pavia: si veinte veces me encontrara en iguales circunstancias, veinte veces haría lo mismo.

—Pero eso regularmente dura hasta que se rompa usted el alma.

✱

—Pues yo, qué quiere Vd. que le diga, mejor que laureles habíase echado á las tropas cosas que hubieran servido para algo.

—No diga Vd. eso donde la oigan, porque se pondrá usted en ridículo... la gloria...

—Si, lo mismo me decía el marido de la portera del 38, hombre muy amigo del bombo; ya ve Vd., como que fué timbalero de la casa real; pero al poco tiempo de quedarse cesante se murió en la miseria renegando de sus ideas pláticas. Pues y el poeta del sotabanco núm. 3... las paredes de su cuarto se vienen abajo de flores, guirnalda y coronas que le han echado en no sé qué liceo; pero al paso que vá, si Dios no lo remedia, tendrá que empezar á desayunarse con hojas de laurel y cintas de seda; todo lo que huele á gloria, simplemente á gloria, me entusiasma muy poco... por eso no transigí nunca con la gloriosa.

—Con Vd. no se puede discutir, porque en empezando á hablar se le va á Vd. el santo al cielo, y lo mejor es dejarla como cosa perdida. Aparte de que no todo el mundo tiene tanto apego á los intereses y las cosas positivas como usted, le diré que en esta ocasion habla Vd. de memoria. No solo se arrojaron lauros al ejército, sino otras muchas cosas de esas que le gustan á Vd., y sobre todo, salieron unas órdenes aquel día, que no hay más que pedir; un año de rebaja en el servicio á todo el ejército; la creacion de una caja es-

pecial para atender á la educacion de huérfanos de militares muertos en campaña y alivio de inutilizados....

—No siga Vd., retiro mis palabras....

—No hay nada más atrevido ni más perjudicial que la ignorancia; si hubiera muchas personas como yo y ninguna como Vd., España seria un paraíso.

✱

—Mira qué bonito letrado tienen aquellas colgadas.

¡Viva la paz!

—Ese letrado es un sarcasmo, porque en esa casa habita una familia que se pasa la vida en continua guerra.

✱

El trozo de la calle Mayor comprendido entre el ayuntamiento y la administracion económica no estaba iluminado, sino encendido.

Allí se traspasó el límite de la iluminacion y se llegó al incendio. Todas las fachadas despedían llamas, todos los balcones estaban circuidos de extraordinarios resplandores.

La calle, convertida en mar de luz, envolvía en un oleaje deslumbrador millares de rostros llenos de curiosidad, de satisfaccion, de hermosura, y muchas veces, de polvos de arroz.

—¿Por qué no viene Vd. á ver la iluminacion de *La Correspondencia*? decía un pollo á una rubia *falsificada*.

—Está muy lejos, contestó la niña.

—No haga caso, añadió un travieso joven al oido del interpelante; no va porque con tanto calor y tanta luz allí se derrite el blanco cera de un modo desconsolador, y aparecen en toda su oscuridad las profundidades del cutis.

✱

—Antes iba una de trapillo á recorrer las iluminaciones; pero ahora con este nuevo sistema hay que vestirse como si fuera de día ó más.

—El progreso es enemigo de todo lo *curioso*.

—Por eso no han salido estas noches las hijas de don Casimiro.

—Claro; la luz espanta siempre á los lobos y á los murciélagos.

✱

—¿Qué iluminaciones, señá Damiana!

—¡Daba gozo ver Madrid!

—¡Yo ví todas las iluminaciones de un golpe! Me subí á una cuesta muy alta donde me llevó mi Pepe, y ¡si viera usted qué efecto! Parecia que se quemaban todas las casas, ¡y salía un humo!

—Segun eso, no ha visto Vd. como yo uno por uno los edificios iluminados.

—¡Vaya! Y poco que me gustó la casa de ese marqués tan rico que vive en Recoletos.

—El marqués de Campo.

—Mi sobrino le llama el marqués de las bombas, porque ¡Jesús de mi alma! cuánta bendita bomba habia en aquel palacio.

—¿Y el medallon de en medio?

—Parecia de brillantes.

—Y la estrella de arriba, ¡qué cosa más preciosísima!

—Eso se llama gastar el dinero de un modo brillante y deslumbrador.

✱

—¡Qué bien iluminado estaba San Francisco!

—Lo que más me gustaron fueron las estrellas,

—¿Cuáles?

—Las que yo ví á consecuencia del pisoton que me dió un paleta.

✱

—Poco ha demostrado Vd. su entusiasmo, señor don Juan. Ni un mal farol en los balcones...

—Es que la iluminacion la tuve dentro de la casa.

—¿Cómo?

—Muy fácil. Usted pondria en sus balcones una luz sencilla...

—Si, señor.

—Pues bien: yo tuve, gracias á mi esposa, doble alumbramiento. ¡Si será liberal mi mujer!

✱

—Señorita, ¿ve Vd. esos cohetes?

—Sí, tal.

—Pues bien, si dieran en mi corazon producirian un incendio. ¿Y esas ruedas?

—Muy bonitas.

—Pues no lo son tanto como Vd., ni tan incendiarias como sus ojos.

—Calle Vd., que nos miran mis primas.

—¿Y qué me importan sus primas? Yo amo á Vd. con una violencia superior á la de la pólvora, y si Vd. no me corresponde me subo á un árbol de fuego y muero hecho un chicharron.

✱

—¡Caballero, mire Vd., mire Vd. aquellas estrellitas!

—Hace una hora que me está Vd. haciendo ver todas las estrellas con sus pisotones.

—¡Como no me lo advertia Vd.!

—Es que estaba esperando á que se atreviera Vd. á meterme la mano en el bolsillo, como lo iba Vd. á hacer con ese otro señor, para retorcerle el pescuezo.

✱

—Niña, no te adelantes.

—No, mamá: si es que me lleva la gente.

—¿Y con quién hablas?...

—Yo, con nadie.

—Me pareció oír.

—Es que este caballero me estaba explicando cómo hacen los fuegos.

—¿El señor es polvorista?

—No, señora, soy artillero.

—Pero, niña, ¿qué tienes que mirar al señor?

—¿Yo, mamá?... ¡Si estoy mirando las estrellas!

—Del mal el menos.

✱

—Pero, Sr. D. Juan, ¿va Vd. buscando casa?

—Dispense Vd.; no le habia visto.

—Como que va Vd. mirando á los tejados.

—¿Qué quiere Vd., amigo mio? El miércoles por la noche estuve en esta postura mirando los cohetes durante dos horas, y cuando quise bajar la cabeza no me fué ya posible.

—¿Y qué dice el médico?

—El médico me ha aconsejado que me dedique á buscar colillas de cigarro durante una temporada si quiero recobrar la salud.

—¿Y la señora?

—En un ¡ay! continuo, amigo mio: el miércoles por la noche pescó un reumatismo.

—¿Y la niña?

—Tambien pescó algo afortunadamente: á un teniente de provinciales. El pirotécnico, sin saberlo, encendió para ella la antorcha de Himeneo.

✱

Las pasadas fiestas han creado un tipo que podemos llamar el de la señora que entra en todas partes sin papeleta.

Con efecto, una andaluza—de la tierra de María Santísima habia de ser!—se propuso verlo todo.

—¿A dónde va Vd., señora? le preguntaban.

—A dónde he de ir, á dentro.

—¿Tiene Vd. papeleta?

—¡Yo! No, señor.

—Pues no se puede entrar.

—¿Que no? Mírelo Vd., decia entrando y desarmando al cancherbero con una mirada de aquellas que ustedes saben.

Otras veces decia:

—Ande Vd., déjeme Vd. entrar; nadie lo ha de saber y me hace Vd. un favor.

Con estos y otros procedimientos análogos ha logrado penetrar en todas partes, ocupar los mejores sitios y dejar recuerdo de su agraciado atrevimiento.

✱

Los rateros han hecho de las suyas estos días.

Mientras varias familias acudían a ver la entrada del ejército ó salían por la noche a admirar las iluminaciones, los cacos, sin otro objeto que el de darles una lección, entraban en sus moradas desiertas, y se llevaban alhajas y dinero.

Por supuesto que después no han parecido ni los objetos robados ni los ladrones.

¿Y todo esto qué es? Pues lo más sencillo del mundo: falta de precaución en las familias y sobra de ella en los cacos.



También ha habido riñas, aunque pocas y leves, y dos ó tres incendios.

Lo más sensible es lo que pasó el miércoles en una tienda muy acreditada de la calle de Hortaleza.

Parece que una contienda conyugal dió por resultado una herida en la esposa y la muerte por suicidio en el marido.

Lamentemos estas desdichas, y pidamos que la paz, que ha andado tanto por las calles y plazas estos días, se albergue en todos los corazones.

LOS FORASTEROS.

En el tranvía:

—Pare Vd., carretero, pare Vd.

—¿Qué es eso, buen hombre?

—A mí no me engañan, esto es cosa del diablo. Tan seguido y sin tropiezo ninguno, como dice el cura de mi queblo, no se va más que a los infiernos; esas mulas deben estar condenadas y todos los que van aquí también.

—¡Ave María Purísima!

—Pero en haciendo la señal de la cruz verá Vd. como todos se espantan...

—¡Ay! Blas, mira lo que dice este hombre; que quiere espantar a las mulas...

—Sí, señora; y si no paran pronto me tiro. ¡Carretero! ¡Carretero!

—¿Dónde va Vd., Paquita?

—Al otro barrio.

—¡Al otro barrio!! ¡no lo decía yo!! ¡pare Vd., pare usted, señor de Satanás!

En los toros:

—Diga Vd., ¿y puede subir el toro hasta aquí?

—Como no suba por el aire...

—Oye, Juanillo, no tengas miedo; dice el señor que aquí no puen subir.

—¿Cómo nos mira! ¡parece que nos conocel

—No será extraño, porque si es de aquel *ganao* que vemos todos los días pastando a mano izquierda de la carretera *que* que nos *conozga*.

—¿Que viene! ¡que viene!

—Pero hombre de Dios, ¿tiene Vd. azogue en el cuerpo?

—Mira, Juanillo, vámonos; estos madrileños son muy malos, y si han conocido que somos de Villalvilla nos van a dar alguna *groma* que tengamos que sentir.

En la casa de fieras:

—¿Le gustan a Vd. las fieras, D. Ruperto?

—Hombre, dí pruebas de ello al casarme con mi mujer. Pero como a todo se acostumbra uno, después de vivir con mi Pascasia 25 años, ya no me causan impresión. Es lo que menos me ha chocado de todo lo que he visto en Madrid.

Delante del Congreso:

—¿Vamos a llevar al pueblo unas cuantas lucecitas de sas?

—Pregunta a cómo van.

—¡Cuidado que alumbran!

—Con una de estas no se podría parar en el pueblo de *uz*.

—Acaso lo venderán por cuartillos.

—La patrona, que es mujer muy sabia nos dará razón.

En la calle Mayor:

—Pascuala, mira qué chorros de luz salen de los *tejaos*.

—Claro, como que riegan con ella como si fuera agua.

—¿No ves la manga allá arriba?

—Lo que veo es que en Madrid si no son brujos les falta poco.

—¿Y cómo se llama esa luz?

—Luz... es una cosa que acaba en *on*, como *Simon ó jamon*.

—Pues, mira, abre bien la boca y cenaremos gratis.

—¡Ah! ya me acuerdo cómo se llama: luz *Drumon*.

—Yo había oído que la nombraban *alectrica*.

—¡Toma! Ahora comprendo yo por qué llegan tan pronto las noticias por medio de la electricidad. Con una luz así se lee una carta cualquiera a cien leguas de distancia.

En la Puerta de Alcalá:

—¡Ay! ¡mira que puerta más hermosa!

—¡Una puerta de luz! ¿Qué puerta es esta. D. Canuto?

—La puerta de la gloria.

—¡Bien dicen que de Madrid se vá al cielo, y luego se rien en el lugar cuando hablan de eso, pues los ojos no mienten, ya podemos decir que hemos visto el caminito del cielo! ¡y decían que era tan estrecho y es una carretera más hermosa que la de Extremadura!

En Palacio:

—¿Qué coches más ricos!

—Son los del Congreso que vienen a felicitar al rey.

—Lo único que no me gusta es que los cocheros sean tan viejos.

—¡Pues si todos son unos muchachos!

—¡Jóvenes y con la cabeza blanca!

—¡Si es que llevan peluca!

—¡Vaya, vaya! aunque sea de Coria no me haga Vd. tan tonto; que los que tienen el pelo blanco se pongan pelucas negras lo comprendo, pero que los que lo tienen negro se las pongan blancas, ¡eso cuénteselo Vd. a su abuela!

En la Puerta del Sol:

—¿Y sube muy alta esta fuente?

—Como que los ángeles cuando tienen sed no hacen más que abrir la boca y sorber un poco.....

—¡Puede!

Al apagarse las Iluminaciones:

—¡Ah! ¡cómo lo apagarán todo a un tiempo!

—¡Toma! ¿no has visto al hombre que ha salido? pues no ha pegado mal soplo; ¡vaya unos pulmones que tendrá para apagar siete mil luces de una vez!

—Padre, ese nos convenia para apagar las luces de la iglesia el día de la función, porque mire Vd. que Ramon el sacristan algunos años tarda una noche entera en ir con la caña apagando los cirios uno a uno. Ya verá Vd. qué soplo doy yo el año que viene, si Dios quiere. Tiene razón D. Juan el boticario; ¡lo que se aprende en Madrid!

En la Historia Natural:

—Yo creí que esto era otra cosa.

—¿Qué te figurabas que era?

—¿Qué se yo; pero nunca creí que seria un cementerio de animales: si fuera en mi pueblo no consentiria esto el alcalde; porque una vez se me murió a mí un perro, y porque no lo tiré en seguida al muladar, me echó una multa atroz; conque si viera esto no se pondria poco furioso.

—¡Y qué bien se conservan! ¡Parece que están vivos!

—Como que están *disecados*.

—Pues, oye, Josefa, cuando yo me muera no te olvides de hacer por que me *disequen*.

—No tengas cuidado, hombre, así lo haré, y ya buscaremos influencias para ver si te quieren tener aquí en estos salones tan magníficos.

En los fuegos:

—No abras tanto la boca, mujer, no sea que te tragues sin querer algun cohete.

—*Pus* esto no me llama la atención, los he visto yo mejores el día de la patrona del pueblo. Si lo hubiera sabido antes, se lo digo al alcalde pa que hubiese mandao traer a Fulgencio, el tío de la tuerta, ese sí que lo entiende esto de las funciones de pólvora.



—¡Para fuegos los que vimos en el pueblo hace dos años!

—Aquellos sí que eran fuegos y no estos, que son de *engañifa*.

—Como que el sacristan de Móstoles se pinta solo para esto de cohetes.

—¿Te acuerdas del que entró en la casa del alcalde y prendió fuego a su cama?

—¡Ya lo creo! Como que ardió toda la casa...

—¿Y del que saltó un ojo al organista?

—Como que dicen que lo hizo a posta el sacristan, por si le habia quitado ó no la novia.

—Estos todos se vuelven lucecitas de colores.

—Y suenan poco...

—¡Nada! como los de Móstoles ninguno.

—¿Te acuerdas del trueno gordo?

—¡Anda! Y que si me acuerdo... Pues flojo accidente que le dió a la Ruperta... Y que desde entonces no ha vuelto a levantar cabeza.

—Lo dicho: para fuegos artificiales los que se hacen en Móstoles.



—Los fuegos artificiales se remontan a la más alta antigüedad. Jerjes y Artajerjes, los dos Catónes, Demócrito y Polion, Isócrates Faraon de Fracio los implantaron en Etruria, ambiciosos del poderío de los atenienses y los carpeto-vetónicos. Las tribus encefálicas del período prehistórico prohibaron la vetusta epidermis de los argonautas y el fuego griego se generalizó en la Toscana y el país de las pieles rojas.

—¿Oyes, chico? ¿oyes la que dice ese señor?

—No lo entiendo mayormente; pero sabe casi tanto como el maestro de Villagañanes.

—Pues, mira, mira con qué atención le escuchan todos.

—¿Oyes lo que me ocurre?

—Dilo si quieres.

—Que ese debe ser algun diputao.

—¿Será Castelar?

—Otras cosas habria más difíciles; pero Castelar no debe ser.

—¿Y por qué no?

—¡Otra! Porque Castelar gastará gorro encarnado y este tiene una chistera de siete pisos.



—Rubio, ya he dado garrote a dos.

Un paleto a otro.—Apártate, muchacho, que por ahí va el verdugo.

Como en la tecnología rateril dar garrote es robar un reló abriendo su anilla, el primer ciudadano no es seguramente el verdugo, pero acaso tenga que ver con él más adelante.



—¡Ya habrá costado la iluminación!

—Anda, que nosotros la pagaremos.

—Pero la verdad es que se hace mejor en Madrid que en Villaconejos.

—No; pues si *Faramalla* hubiera venido, de seguro que le toma al de Madrid todos sus secretos.

—Pero debieran quemar los árboles más despacio.

—Se conoce que tiran a acabar pronto: si fuera para los madrileños solos, más despacio andaria el polvorista.

—¿No lo dije? ¡Todo el castillo de una vez!

—Pues mira, mira: ahora echan lo ménos cien cohetes.

—¿Y para esto nos hemos venido de Villaconejos?

—¡Allí sí que se habrá lucido *Faramallat*!

A LA PAZ.

Ayer, para la horrible civil contienda salieron los soldados de sus hogares, y siguiendo, valientes, de honor la senda caían en los campos a centenares.—

Lloraban muchas madres desconsoladas; luchaban los hermanos como leones, y, en las verdes colinas desamparadas, se oía el estampido de los cañones.

Ya no nacían flores en las laderas, ni espigas en los campos de sangre llenos, ni cantaban las aves en las praderas, ni lucieron más días, gratos, serenos.—

Solo gritos y voces desgarradoras, —último adiós de aquellos que se morían— por aldeas y valles, a todas horas,

se percibían.—

Eran gritos de madres que suspiraban, era la odiosa guerra que ardió inclemente, eran... los corazones que te esperaban inútilmente!

Hoy ya, los vencedores y los vencidos, se unen en tierno abrazo de amor profundo, y se oyen en los aires vivas nutridos, para el rey y el ejército mejor del mundo.—

De mi España en los ricos vastos confines luce la nueva aurora sus resplandores, en los campos de sangre brotan jardines y cantan en los sotos los ruiseñores.—

Se oye el dulce balido de los corderos, y se truecan las armas por los arados, y aguardan a sus hijos, en los oteros, las desdichadas madres de los soldados.

Esos gritos, que se oyen rasgando el viento, no son ya los gemidos de la agonía; son los cantos de gloria, son el acento de la alegría.—

Son las voces de aquellos que te llamaban,

llorando con tu ausencia su bien perdido;
 porque hace mucho tiempo que te esperaban,
 y ya has venido!
 RICARDO SEPÚLVEDA.

INDISCRECIONES.

CARTA DE PEDRO Á JUAN.

Querido Juan: Recibi la tuya con gran retraso, porque tuviste la peregrina idea de enviármela á casa de nuestro diputado.

Si no le veo el martes, precisamente cuando salia de la sesion secreta que celebraron los diputados, esta es la hora en que aun no me he desayunado de lo que en ella me dices.

Me explicaré.

El cartero llevó la carta y el diputado mandó á decir con la criada que no conocia al interesado.

Despues de esto se quedó tan fresco.

Yo fui á verle el mismo dia que llegué, y desde entonces en su casa por la mañana y por la tarde, y en el Congreso durante la sesion, no he cesado de estar dos y tres veces cada dia.

—¿Qué quiere Vd.? me preguntaban los criados ó porteros.

—¡Esa es buena! contestaba yo, lo que yo quiero es verle.

—No está visible.

—Para mí si lo está... soy elector de su distrito.

—Dígame Vd. su nombre.

—Si quiero sorprenderle...

—Pues si Vd. no me dice quién es, no puedo avisarle ahora.

—Volveré luego.

Y volví muchas veces sin lograr ni una sola echarle la vista encima.

¡Ay! Juan, aquellos tiempos no son estos. Nosotros somos en los pueblos unos zotes, no sabemos ni miaja de eso que llaman darse charol, y que en la córte se usa tanto.

Cuando va un candidato, en vez de abrirle los brazos y sentarle á la mesa y franquearnos con él, debiamos tenerle en el zaguan algunas horas para que aprendiera.

Cansado estaba ya de buscar á mi hombre, y me hallaba resuelto á regresar al pueblo algo curado de mi entusiasmo y con ménos esperanza que un condenado á cadena perpetua, cuando se nos echaron encima las fiestas.

—No; pues ya que estoy aquí, me dije, no me he de ir sin llevar algo que contar.

Pero cádate que para todo era preciso papeleta.

—Pues, señor, me dije, al diputado que me las busque. En todo lo que hasta ahora ha pasado en las Córtes no ha despegado los lábios más que para decir sí... por lo ménos se habrá soltado á pronunciar esta palabra y no me negará lo que le pida... ¡Qué diablo! ¡Siquiera que sirva para algo!

Y me eché á buscarle de nuevo. Pero sí, sí, que era facilillo eso.

Tambien los diputados buscaban papeletas y billetes para los teatros y para los toros, y como querian muchos y les dieron pocos, se enfurruñaron y enviaron los billetes al presidente para que los repartiera como si fueran destinos, y el presidente se lavó las manos y no quiso entrar ni salir en el asunto, y al fin hubo palabras, y por último, se acordó tratar del particular en una sesion secreta, de la que se ha enterado todo el mundo.

—¿Sí? dije yo, pues cuando salga de esta sesion tendrá billetes, yaunque me tenga que estar de planton unas cuantas horas le aguardo á la puerta.

Así lo hice, y al fin le cogí como quien dice entre la espalda y otro diputado que le acompañaba.

¿Querrás creer, Juanillo, que no se acordaba ya de mí? Tuve que decirle quién era, y le sentó muy mal que para darme á conocer le recordara lo de las fiestas á tu chico y lo de la pepitoria, etc., etc. Al decirle mi nombre se acordó de la carta.

—Vaya Vd. en seguida á buscarla, me dijo.

—Sí, pero es que queria....

—Nada.... nada.... esa carta le interesa á Vd. mucho.

—Sí, pero unos billetes....

—Estoy muy ocupado, y como supongo que habrá usted venido á las fiestas y tendrá Vd. deseos de volver, dé usted mis recuerdos á todos y escríbame Vd. lo que le ocurra.

La verdad; me amosqué y prometí quedarme para ver muy de cerca todo lo que aquí pasa y contárselo á los infelices que como yo habitan en los pueblos y como yo tienen buenas tragaderas.

Dí á la Pelona que despues de esto, es más fácil que le vuelva á salir el pelo que conseguir la plaza de peaton para su hijo. Y con esto no canso más. Darás memorias á todos los que preguntén por mí, y hasta otra de tu amigo

PEDRO.

DIMES Y DIRETES.

Los milicianos de Falces y en su nombre los Sres. Bonár, Zarraluqui, Sabrini, Rivas, Ursúa y Elarre, nos escriben

comparará, juzgará la diferencia de las dos personas, y dirá: «acepto las dos; se parecen tan poco que no las confundiré la una con la otra.»

Entonces, Luisa mia, seguirás con tu muñeca á ese caballero, tu nuevo, tu último camarada; te llevarás los dos guarda-ropas, y conservarás, para enseñarla un dia á tus hijos, la muñeca que tu madre te haya escogido, y que contribuirá á labrar tu felicidad.

Vamos, ven á vestirme, que el vendedor de juguetes nos espera.

II.

Los animales.

—Tu hermano te ha llamado animal; ¿y lloras por eso, hija mia? La palabra te ha parecido fea, y lo es en efecto en la intencion, pero no en la realidad.

¡Ah, si los verdaderos animales hablasen se llamarían unos á otros hombres y mujeres cada vez que quisieran acusarse de estupidez, de vanidad ó de ferocidad inútil!

Los sabios, que profesan gran estimacion á los animales, pretenden demostrar que descendemos de los monos; yo creo mejor que tratamos de asimilarnos á ellos. De todos modos, lo cierto es que los animales nos han precedido en la tierra; no son ellos los que han venido á nuestra casa, sino nosotros á la de ellos. Pueden vivir sin nosotros, toda vez que no constituimos su alimento necesario, pero nosotros no podemos vivir sin ellos.

Figúrate por un momento, hija mia, un mundo en el que no se oyera ni el canto del pájaro, ni el zumbido de los insectos, ni una queja en los bosques, ni un mugido en las llanuras; un mundo sin árboles, sin yerbas, sin hojas, y en que la mar estuviera completamente desierta. ¡Qué triste espectáculo presentaría y cuánto sufriría el hombre! No por esto dejaria de vestirse, podria comer legumbres y frutas, pero careceria de compañía y de enemigo, no podria establecer puntos de comparacion, no tendría ningun ejemplo á la vista.

Es necesario, por lo tanto, respetar á los animales como á nuestros mayores, llamarles como á nuestros amigos

protestando contra las apreciaciones que de su conducta hizo EL CASCABEL, al copiar las líneas en que un corresponsal daba cuenta del auto de fé que dichos milicianos habian ejecutado con un muñeco representando á D. Carlos.

Tratan dichos señores con afectuosa deferencia al CASCABEL para que este no se apresure á complacerlos.

El comunicado es largo y ya comprenderán y escusarán que no lo publiquemos íntegro.

En él vienen á decir, que aquella pequeña expansion fué efecto de la alegría por ver terminada la guerra, y al mismo tiempo con el objeto de dar una leccion á los que en otro tiempo hicieron la parodia de un ilustre general muerto en el campo de batalla.

Estiéndense despues en consideraciones para dejar sentado que todos han cumplido con su deber, que han hecho verdaderos sacrificios y sufrido toda clase de penalidades, y terminan conminando á que rectifique su juicio el autor de la noticia que copiamos.

De seguro lo hará, y si no lo hace debe hacerlo.

Por nuestra parte aceptamos como buenas las razones de los milicianos de Falces, deseamos con ellos que la paz se restablezca por completo y lo único que decimos y diremos siempre es que la parodia de antes como el auto de fé de ahora, son actos á los que deben renunciar para siempre los que estimen el adjetivo de hombres y pueblos civilizados.



Antes que terminaran las fiestas, ya empezó á hablarse de crisis.

Decididamente los políticos no pueden vivir en paz mucho tiempo.

—¿Conqué habrá cambio de ministerio? preguntaban á un ministerial.

—No sé.

—Corren rumores de crisis.

—Mientras corran no hay que apurarse, lo malo es cuando se paran.



Una preguntilla suelta que tiene malicia:

Dada la diferencia que hay entre ricos y pobres: qué es mejor ¿quitar á los ricos lo que tienen para que queden pobres ó dar á los pobres lo que les falta para que sean ricos?

Yo no he podido comprender el *intrínquis* de esta pregunta, que casi debia estar en la seccion de acertijos.

Lo único que puedo decir es que se la he oido formular á un vascongado.



La Bolsa se ha entusiasmado poco estos dias. Solo dió

obligados. Y que lo creas ó no, hija mia, los animales son los que nos han civilizado; sin ellos nosotros seriamos las fieras de la creacion; ellos nos han enseñado el trabajo y la lucha, la paciencia y la sumision; y despues de haber sido nuestros primeros amos, se han convertido en nuestros primeros servidores. Cada una de las artes que la humanidad debe poseer se halla representada especialmente por un animal, y todos nos enseñan el arte universal de amar á sus hijos y de proteger á su familia.

En adelante, cuando tu hermanito te llame animal respóndele: «Sí, soy un animal por la ternura, por la fidelidad que tengo, y quiero serlo toda mi vida así; deseo parecerme al perro que guarda el hogar, al ave que canta para disipar la tristeza, al cordero que da su lana para abrigar á los niños desnudos, al insecto que desempeña sus tareas en la oscuridad y en el silencio, á la abeja que hace la miel, á la hormiga que enseña el ahorro; no me incomodaré aunque creas injuriarme con esa palabra.» Y al responder así á ese pequeñuelo impertinente, á quien tanto queremos las dos, cree, hija mia, que dirás la verdad. Pregunta á tu corazon: ¿no te dice que «Clavel», tu perrito, es un ejemplo de fidelidad en el cumplimiento de sus deberes, de actividad para el trabajo, de inquieta solicitud cuando se le manda vigilar la casa?

Por la noche, cuando estás en la cama y cuando á través de la puerta ó de la ventana oyes el silbido del viento como una amenaza, ¿no te alegras al escuchar el aullido del perro; no te inspira gratitud este amigo que vela por tí, y que por la mañana cuando le das las gracias con una caricia lame tu mano y agita suavemente la cola como diciéndote en su lenguaje de perro: «Vive tranquila, Luisita; mientras yo viva te protegeré, y no permitiré á nadie que te falte al respeto?» Cuando parte á la caza con tu padre, ¿no notas qué lecciones de sagacidad se prepara á dar; no observas cómo mira al cazador, queriendo decirle: «Soy tu olfato que anda» no atreviéndose á decirle en su modestia «yo constituyo toda tu ciencia?»

(Se continuará.)

FOLLETIN.

EL LIBRO DE LAS MADRES

POR

PAULINA L.

LUISITA

I

La muñeca.

(Continuacion).

Como todas las de su raza, tendrá en la cabeza un poco de corcho para sujetar los cabellos, y en el pecho salvado para sujetar los alfileres. Te lo advierto de antemano, para que no te molestes en querer descubrir lo que tenga dentro.

En cuanto á la cara, me resigno á que sea de porcelana: cuesta más que las otras, pero se las puede lavar con más comodidad.

Tú tendrás cuidado de no dejarla caer, para no romperla. Hay muñecas que se acostumbran á las caidas; pero esas son las feas, las incorregibles, las de carton.

Habitará contigo en tu cuarto. Procurarás que adquiera tus costumbres: cumplirás, delante de ella, tus deberes como si te pudiera juzgar. Ella te recordará á cada instante que para no permanecer hueca y muda como ella, es necesario aprender algo.

Es una prenda que te doy, como la que le dan en el juego de prendas; pero este juego, para mí, es muy grave en el fondo; es la vida.

No te la pediré nunca.

¿Sabes á quién tendrás que dársela dentro de diez ó doce años? Pues tendrás que dársela á un caballero muy fino, muy respetuoso, pero muy exigente, á pesar de su sonrisa, que vendrá á preguntarme si he educado bien á mi hija, y al que yo te presentaré alta, formal, modesta y buena.

Al ver á tu lado á tu muñeca, que se habrá quedado pequeña, algo ajada pero en buen estado; aún la mirará,

un saltito de dos céntimos y volvió á bajar. Ha sido lo que puede llamarse un brinco de alegría... pero con precaucion.

ESPECTÁCULOS.

Los teatros han contribuido con sus funciones á aumentar la animacion y la alegría de las pasadas fiestas, y el público á su vez ha contribuido á dar buenos ratos á los empresarios y no pocos aplausos á los artistas.

Tres loas ó apropósitos se han estrenado: la del teatro Español se titula *¡Viva la paz!* la del Circo, *Paz como hermanos*, y la de la Comedia, *¡La paz!*

En honor de la verdad, esta última es la que, buscando mejor los flacos del público, por conocerle á fondo su autor, ha logrado agradar más que las otras.

Lola Fernandez y Zamacois contribuyen al éxito.

La loa del Circo es sentida y está escrita en robustos versos.

Ambas producciones están esmaltadas de sentimientos nobles y generosos en favor de la patria.

La comedia *Vivir al día* ha gustado mucho á los forasteros, porque muchos de ellos al venir á Madrid gastando más de lo que podían, se hallaban retratados en la accion.

Decir que en las funciones con que el ayuntamiento ha obsequiado al ejército todos rivalizaron en demostrar á los héroes con cuánto placer los divertían, seria ocioso.

Jamás ha habido funciones más deseadas por parte del público civil, y como el rey estuvo en todos los teatros, esta visita régia contribuyó al esplendor de los espectáculos.

En el teatro Real, los artistas que interpretaron la ópera *Rienzi* en la tarde del miércoles, fueron objeto de entusiasmas ovaciones.

También la Sociedad de conciertos que dirige Monasterio festejó el jueves la paz con un extraordinario, en el que no faltaron admiracion y aplausos para los distinguidos profesores. Su producto se destina á las viudas de músicos españoles que hayan muerto durante la guerra.

En la noche del mismo día se representó en el Circo á beneficio del popular y querido actor Mariano Fernandez la comedia de magia *La pata de cabra* nueva y espléndidamente exornada. Nada menos que ocho decoraciones ha mandado hacer la empresa, y luego no faltan improvisaciones del célebre gracioso.

Aconsejo á mis lectores de Madrid que no dejen de ir al Circo á ver *La pata de cabra*.

De la funcion taurina no digo nada.... el público salió disgustado de los toros y de los diestros. Solo se pusieron bien las banderillas. Verdad es que para ponerlas se pintan solos todos los españoles.

CASCABELES.

EL CASCABEL aplaude las disposiciones que ha tomado el gobierno para premiar á los soldados y atender á las víctimas de la guerra.

Veán ustedes lo que se ha hecho:

Se ha creado una caja especial para atender á la educa-

cion de los huérfanos ó desamparados por causa de la guerra;

Se ha concedido un año de rebaja á los individuos de tropa que se hallen sirviendo actualmente;

Se ha declarado ilimitado el número de pensiones creadas en las academias militares para los huérfanos de los muertos en accion de guerra ó á consecuencia de heridas recibidas en ella;

Se han dictado reglas para facilitar á los alféreces de milicias provinciales el ingreso en los cuerpos de infantería;

Y por último, al reducir la fuerza de los batallones provinciales por efecto del licenciamiento de los reemplazos de 1871, 1872 y llamamiento extraordinario de 1874, todas las clases que componen sus cuadros y que hayan de pasar á situacion de provincia seguirán disfrutando el sueldo entero como si estuviesen en servicio activo.

Todo esto es bueno para los interesados y para el país.

Siga la paz favoreciéndonos con su visita, que nunca ha de parecernos pesada, y á ver si algun día llega á componerse el ejército solo de reservas para una guerra internacional (de la que Dios nos libre) y de Guardia civil en abundancia para que haya seguridad en todas partes.

El prefecto de los Bajos Pirineos, que tanto ha favorecido á los carlistas, ha sido por fin reemplazado.

¡A buena hora!

Su sustituto se llama Mr. Jamon.

He aquí una autoridad que corre peligro de que se la coman á bocados.

El duque de Rivas, hijo del célebre poeta, y poeta distinguido á su vez, ha reunido en un tomo sus inspiradas composiciones.

El libro se titula *Sentir y soñar*.

Leyendo sus páginas se sueña en otra vida mejor y siente uno que se acabe tan pronto el dulce sueño.

Bien por la gitana *Maceta*.

Es toda una heroina.

Tenia dos hijos, cayeron soldados, se disfrazó de hombre y se fue con ellos.

Ha estado en la guerra; allí fué cantinera, curó heridos é hizo toda clase de proezas.

Por fortuna ha vuelto y sus dos hijos la acompañan, y ya estará á estas horas en Triana.

Merece una cruz, y por añadidura pensionada.

Conque, á dársela, que lo pide EL CASCABEL.

—Vamos, *Meterio*, cuéntanos todo, todo lo que has visto en Madrid en las pasadas fiestas.

—¿Lo que he visto?

—Sí, hombre.

—Pues lo que he visto ha sido...

—Dilo al fin.

—Pues he visto... ¡muchos faroles!

El maestro Hernando ha creado en pocos días, y con niños del Hospicio, un verdadero Orfeon.

Dígalo el *Himno á la Paz* que han cantado estos días con aplauso de todos los oyentes.

Por supuesto, que la música es inspirada y contribuye grandemente al éxito.

El Sr. Hernando debe aprovechar lo que ha creado, para que sirva de base al establecimiento de orfeones en Madrid.

Cuentan que un administrador de loterías se ha escapado, llevándose 60.000 duros, segun unos, y 20.000 segun otros.

En lo que todos están conformes es en que se escapó.

Es un modo de coger el premio gordo.

Ahora lo que falta es el medio de coger á los que se escapan con dinero ageno.

Esto es más difícil.

Me han remitido un turbion de poesías alusivas al fausto acontecimiento que hoy llena á España de regocijo.

Es verdaderamente triste que algunos poetas no sepan demostrar su entusiasmo sino haciendo versos deplorables, cuyos pacíficos efectos suelen hacer perder el buen humor y la tranquilidad á las personas de más calma y peor gusto.

Digo á ustedes con franqueza que á la vista de ciertas calamidades en verso producidas por la paz, casi... casi lamenta uno que se haya concluido la guerra.

El día del último besamanos preguntaba un capitán á su asistente:

—¿Ha venido alguien?

—Sí, señor; han traído un recado del *Monasterio* para que vaya V. en seguida con el traje de *gasa*.

Ha empezado á construirse un tram-vía, de Madrid á Leganés.

¿Tantos locos hay?

—Me temo decia ayer un amigo, que ese tram-vía irá siempre lleno, y volverá vacío.

CHARADA.

Adán en el Paraíso
Tres y dos, hermoso fruto
Le una y dos, y sin más lances
Una y tres por mal del mundo.
Desde entonces en la vida
Todo es pena, todo es humo,
Como lo que yo en el *todo*
Guardo y enciendo amenudo.

Solucion á las charadas del número anterior:

1.^a
Me gusta, de los aromas
aquel que mejor me huele,
como también la (*Vihuela*)
me gusta mucho en las bromas.

2.^a
Siempre consideré yo
como á cualquier pelagatos
á aquel infame Pilatos
que á Jesucristo vendió.

ANDRÉS HOLGADO.

Villafranca del Bierzo.

Las han acertado, además, D. Joaquin Ramos y Sanchez, de Madrid, y D. Crispin Sanchez Alarcon, de Alhama de Murcia.

MADRID.—1876,

IMPRENTA DE MANUEL G. HERNANDEZ.
San Miguel, 23, bajo.

UN REAL CADA LINEA DE 30 LETRAS.

ANUNCIOS

SE ADMITEN EN LA PLAZA DE MATUTE, 2, LIBREPIA

A QUESTION CABRERA, por D. José Indalecio Caso. Esta obra, de gran interés en estos momentos, consta de los capítulos siguientes:

Antecedentes.—Proceso de D. Carlos.—Vituperios y lisonjas.—Secretos que ya no deben serlo.—Una leccion más.—La legitimidad.—El hijo cariñoso.—D. Carlos detrás de Prim y de Sagasta.—Cabrera sacramentado.—El gran consejo de Londres.—Un sillón vacío.—Viva el rey.—D. Carlos ofreciéndose en *holocausto*.—El cariño de D. Carlos.—Desaire de Praga.—La princesa de Beyra.—Educacion de los hijos de D. Juan.—Algarra diplomático.—Los certificados médicos.—Acta notable.—Consejo único del consejo de Londres.—La niñez del partido.—Nuevo acceso de cariño.—Memorandum.—Mensajes de París á Londres.—Carta humorística de Aparici.—Intriga financiera.—Cartas de un buen legitimista.—Unos puntos suspensivos.—Por 600.000 francos.—Sentencia de muerte dictada en un columpio.—Invención sobre la libertad de cultos.—Crisis aparente del consejo privado.—Nueva carta de Aparici.—Reconciliacion.—Cabrera rey.—Diario del brigadier Ulibarri.—Orden inaudita.—Vencer sin Cabrera.—Escapatoria á la frontera de Cataluña.—Osculo de paz dado con un revólver.—La primera víctima.—Nueva escapatoria al escondite de Azcain.—¿Cuánta nobleza!—Reprimenda magistral.—D. Carlos enemigo de la guerra civil.—Auxilio régio de 30 000 pesos... en bonos.—Los consejos del general Cabrera.—Lago de sangre.—Despedida sublime del coronel Belanzategui.—El infierno de Chaveau Lagarde.—El general Elio escandalizado.—De cómo todos los barberos querían ser coronales.—El excelentísimo señor conde

del Pinar, triple ministro de D. Carlos, tiene la palabra.—Nuevas instancias y otro acceso de cariño.—Concesiones.—El Toison de Carlos V.—El Sr. Navarro Villoslada enteramente conforme con el general Cabrera.—¿Para qué es la guerra?—Situacion financiera de D. Carlos y doña Margarita.—Ardor bélico.—Carta tras apelada.—Crear en fusiles y creer en agujeros.—Fechas atroces.—Cambio de tono.—Un plan financiero.—Todavía otra escapatoria.—¿La causa!—Los hombres de siempre.—Hasta el Toison!—D. Miguel Losada.—Mensaje muy serio que tiene gracia.—La cuestion de secretaría.—Rompimiento.—¿Qué ha hecho Cabrera?—Traslado de su dimision á las juntas.—Acusacion.—El Sr. Villarasau.—Aducciones y mentiras de la prensa monárquico-religiosa.—La junta magna de Vevey.—Ocultacion de documentos.—Agar con la buena fé.—Diario telegráfico.—Las quince cartas escogidas.—La calumnia fantasma.—Regocijo.—Los dineros de Vevey.—El general Rada.—Arjona secretario.—Conversacion epistolar.—Mendigar de Real orden.—Ordeno y mando que me aclamen.—La brillante escapada de Oroquieta.—Pronóstico acertado.—D. Carlos segun cierto carlista.—El Rey se divierte.—Los dos generales.—Cabrera repasando su correspondencia.—Reconocimiento de Alfonso XXII.—Traicion!—El acta de Biarritz.—El Sr. Penitenciario de Burgos.—Un ayudante de D. Carlos.—Carta del general Elio á la Reina doña Isabel.—Filipica del P. Maldonado.—Últimos desahogos del cronista.—Un folleto publicado hace quince años.—La paz.—Yo lo he visto.—Apéndice.

Se han publicado dos ediciones; una de lujo, que cuesta 12 rs. en toda España, y otra económica que cuesta 6.—Se hallan de

venta en las librerías de Guio, Arenal, 14, y de Sanchiz, plaza de Matute, núm. 2.

Los suscritores de EL CASCABEL que, movidos por la curiosidad del asunto, deseen adquirir dicha obra, podrán adquirirla en provincias, enviando á la Administracion 8 reales por la edicion de lujo, y 4 por la económica. A vuelta de correo se les enviará, y si añaden un real irá certificada.

Los suscritores de Madrid las recibirán al mismo precio, avisando á la Administracion por el correo interior; el repartidor llevará el ejemplar designado, cobrando su importe al entregarlo.

LOS NIÑOS.—Revista de educacion y recreo dirigida por D. C. Frontaura.—Todos los padres de familia deben suscribir á Los Niños á sus hijos.—Un año en Madrid, 40 reales; en provincias, 50 id.—Por seis meses 22 y 28 respectivamente.—Dirigirse á la Administracion, plaza de Matute, número 2, librería.

SEÑORES: PARA REIRSE EN CASA Ó en viaje y no acordarse de penas ni cuida-

dos lo mejor es comprar el divertidísimo libro

LAS TIENDAS

POR DON CARLOS FRONTAURA

Tercera edicion, elegantemente impresa. Un tomo de mucha lectura **10 reales** en toda España y en todas las librerías, y en casa del editor Sanchiz, plaza de Matute, 2, quien lo envia también á provincias á quien remite el importe.

OBRAS QUE PUEDEN ADQUIRIR LOS suscritores de EL CASCABEL con rebaja de precio:

Coleccion de novelas y leyendas morales, 7 tomos.—Hay obras de Fernan Caballero, Selgas, Trueba y otros. Cuestan los 7 tomos **42** rs. Se envían á los suscritores por **35** rs.

Esposa, Madre é Hija, por doña María del Pilar Sinues de Marco. Dos tomos cuestan **24** rs. Se envían por **18** rs.

Leyendas y tradiciones populares de todos los paises sobre la Virgen. Un tomo con láminas cuesta **40** rs. Se envía por **32**.